

Cartas a Felice

Franz Kafka

Cartas a Felice

Correspondencia de la época
del noviazgo (1912-1917)

Franz Kafka

Traducción de
Pablo Sorozábal

Título original: *Briefe an Felice*

© De la traducción: Pablo Sorozábal

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: noviembre de 2013

Segunda edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-17651-77-0

Depósito Legal: M-24531-2019

BIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Cofás (Móstoles)

Ilustraciones de cubierta y de interiores:
dibujos de Franz Kafka cedidos por la editorial
Sexto Piso

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Franz Kafka y Felice Bauer en 1917

Fräulein

R Prag 2—Prah 2
631

Felice Bauer 3817
per Adr. Carl Lindström A.-G.

Berlin O-17

Herrn F. Kaffes
Prag, Pöschel



«... no puedo creer que exista un cuento de hadas
en el que se haya luchado por una mujer más
y con mayor desesperación de lo que en mi interior
se ha luchado por ti, desde el principio
y siempre de nuevo y tal vez para siempre».

FRANZ KAFKA A FELICE BAUER

1912



[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]
Praga, 20 de septiembre de 1912

Señorita:

Ante el caso muy probable de que no pudiera usted acordarse de mí lo más mínimo, me presento de nuevo: me llamo Franz Kafka, y soy el que le saludó a usted por primera vez una tarde en casa del señor director Brod,¹ en Praga, luego le estuvo pasando por encima de la mesa, una tras otra, fotografías de un viaje al país de Talía,² y cuya mano, que en estos momentos está pulsando las teclas, acabó por coger la suya, con la cual confirmó usted la promesa de estar dispuesta a acompañarle el próximo año en un viaje a Palestina.

Si sigue usted queriendo hacer este viaje —en aquella ocasión dijo no ser veleidosa, y, en efecto, yo no advertí en usted que lo fuera ni un ápice—, será no ya conveniente sino absolutamente necesario que procedamos desde ahora mismo a procurar ponernos de acuerdo en lo concerniente a este viaje. Pues nos hará falta aprovechar al máximo nuestro tiempo de vacaciones disponible, siempre demasiado corto para un viaje a Palestina, y ello únicamente lo lograremos si nos hemos preparado lo mejor posible y nos hallamos acordados sobre todos los preparativos.

Solo que he de confesar una cosa, pese a lo mal que de por sí sueña, y lo mal que casa, por añadidura, con lo que va dicho, y es que soy poco puntual en mi correspondencia. La cosa sería aún peor de lo que es, si no tuviera la máquina de escribir; pues caso de que mis humores no propiciaran la redacción de una carta, al fin y al cabo siempre

¹ El padre de Max Brod, Adolf Brod, era director del Union-Bank de Praga. (*Esta nota y las siguientes son del traductor*).

² Kafka viajó a Weimar el verano de 1912 junto con Max Brod y designó al viaje con el nombre de «Viaje al país de Talía» [«Thaliareise»] por sus «curiosidades artísticas».

están ahí las puntas de los dedos para escribir. Como contrapartida, jamás espero que las cartas me lleguen puntuales; incluso cuando día tras día aguardo con ansia la llegada de una carta, nunca me llamo a engaño si no viene, y cuando al fin llega, con frecuencia me llevo un susto. Al colocar otro papel en la máquina reparo en que quizá me haya presentado como mucho más complicado de lo que soy. Si es que he cometido tal error, me estaría absolutamente bien empleado, pues ¿por qué ponerme a escribir esta carta después de mi sexta hora de oficina y con una máquina a la que no estoy muy acostumbrado? Y sin embargo, sin embargo —el único inconveniente de escribir a máquina es que pierde uno el hilo de una manera— aun cuando cupiese poner reparos, quiero decir reparos de orden práctico, en lo tocante a llevarme a lo largo de un viaje en calidad de acompañante, guía, lastre, tirano o lo que de mí pueda buenamente resultar, lo cierto es que contra mí como corresponsal —y de esto se trataría exclusivamente por el momento— nada decisivo podría objetarse de antemano, pudiendo muy bien, por tanto, intentarlo conmigo.

Suyo affmo.

Dr. Franz Kafka
Praga, Pořič 7

[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]
Praga, 28, IX, 12

Señorita: Discúlpeme si no escribo a máquina, pero es que tengo tan enorme cantidad de cosas que decirle, la máquina está allá en el corredor, además esta carta me parece tan urgente, y por añadidura hoy tenemos día festivo aquí en Bohemia (lo cual, por lo demás, ya no tiene tan rigurosamente que ver con la disculpa arriba mencionada), además la máquina no me escribe lo suficientemente veloz, y el tiempo es bueno, caluroso, la ventana está abierta (mis ventanas siempre están abiertas), entré en la oficina canturreando, cosa que no ocurría desde hace mucho tiempo, y en verdad que, de no haber venido a

buscar su carta, no sé por qué iba a haber entrado en la oficina hoy, día de fiesta. ¿Que cómo he dado con su dirección? Seguro que no es eso lo que quiere usted saber cuando hace esa pregunta. Sus señas me las he agenciado mendigándolas, ni más ni menos. Al principio me mencionaron no sé qué sociedad anónima, pero eso no me agradó. Luego me dieron las señas de su casa, primero sin y después con el número. Satisfecho, no pasé a escribir de inmediato, pues tener la dirección era ya algo, además temía que fuese falsa, porque ¿quién era Immanuel Kirch? Y nada más triste que enviar una carta a una dirección dudosa, ya no es una carta, más bien es un suspiro. Cuando me enteré de que en su calle hay una iglesia de San Manuel recobré el bienestar por algún tiempo. Pero, aparte de sus señas, me hubiera gustado tener la indicación de un punto cardinal, ya que esto suele acompañar siempre a las direcciones berlinesas. Yo por mi parte me hubiese inclinado a situarla a usted en el norte, pese a que, según tengo entendido, es un distrito pobre.

Pero dejando de lado estas preocupaciones por lo de las señas (en Praga no se sabe con exactitud si vive usted en el 20 o en el 30), ¡lo que ha tenido que sufrir esta desdichada carta mía antes de llegar a ser escrita! Ahora que la puerta entre usted y yo comienza a abrirse, o al menos tenemos ambos la mano en el picaporte, puedo decirlo ya, aun cuando no esté obligado a hacerlo. ¡Qué humores me dominan, señorita! Una lluvia de neurastenias cae ininterrumpidamente sobre mí. Lo que quiero ahora al momento siguiente ya no lo quiero. Al acabar de subir la escalera, me quedo en el rellano sin saber jamás en qué estado me hallaré si entro en el piso. Sin que lo pueda remediar, las incertidumbres se me amontonan en mi interior, antes de que se conviertan en una pequeña certeza, o en una carta. ¡Qué de veces —para no exagerar pondré que hayan sido diez noches— habré compuesto, antes de dormirme, aquella primera carta! Por otro lado, uno de mis tormentos es el de no lograr transcribir con fluidez nada de lo que previamente había compuesto dentro de un orden. Cierto que mi memoria es muy mala, pero incluso la mejor de las memorias sería incapaz de ayudarme a transcribir con exactitud un párrafo, por pequeño que sea, pensado y retenido de antemano, pues dentro de cada frase hay transiciones que deben permanecer en suspenso con anterioridad a su redacción. Cuando me siento luego, con el fin de

escribir la retenida frase, no veo sino fragmentos que están ahí y que no logro ni atravesar ni sobrepasar con la mirada. Si siguiera el dictado de mi indolencia no haría otra cosa que tirar la pluma. No obstante, aquella carta me la medité mucho, pues no estaba nada decidido a escribirla, y esta clase de meditaciones son también precisamente el mejor medio para que me inhiba de escribir. Una vez, recuerdo, llegué incluso a saltar de la cama a fin de escribir una de mis reflexiones para usted. Pero me volví a acostar enseguida reprochándome —este es el segundo de mis tormentos— lo chillado de mi nerviosismo, y afirmándome a mí mismo que aquello exactamente que tenía en la cabeza en aquel momento igual podría escribirlo a la mañana siguiente. Tales afirmaciones siempre se abren camino hacia la medianoche.

Pero si sigo por estos derroteros no llegaré nunca a término. No hago sino parlotear sobre mi carta anterior, en lugar de ponerme a escribir las muchas cosas que tengo que decirle. Le ruego se fije en qué es lo que confiere a aquella carta la importancia que ha adquirido para mí. Es que a aquella carta me ha contestado usted con esta que tengo ahora a mi lado, con esta carta que me produce una ridícula alegría y sobre la que en este instante pongo mi mano para sentir que la poseo. Escríbame otra pronto. No se tome la molestia, toda carta produce molestias, se mire como se mire; escríbame, pues, un pequeño diario, eso es pedir menos y dar más. Naturalmente, tendrá usted que escribir en él más cosas de las que sería menester si fuese para usted sola, puesto que yo no la conozco apenas. Un día consignará, por tanto, a qué hora entra en la oficina, qué tomó en el desayuno, qué vistas se contemplan desde la ventana de la oficina, qué clase de trabajo se hace en ella, cómo se llaman sus amigos y amigas, por qué le hacen a usted regalos, quién quiere perjudicar su salud regalándole bombones, y mil cosas más de cuya existencia y posibilidad nada sé. Sí, ¿dónde se ha quedado lo del viaje a Palestina? Se hará pronto, muy pronto, seguro que la próxima primavera, o el otoño. La opereta de Max duerme por el momento,³ él está en Italia, pero pronto va a lanzar en Alemania un

³ Probablemente alude al proyecto de representación de la opereta *Circe y sus cerdos* [*Circe und ihre Schweine*], selección de Franz Blei y Max Brod, Berlín, 1909, proyecto que nunca llegó a realizarse.

formidable almanaque literario.⁴ Mi libro, librito, folletito, ha tenido feliz aceptación.⁵ Pero no es muy bueno, hay que escribir cosas mejores. ¡Y con esta sentencia, que le vaya bien!

Suyo. Franz Kafka

13, X, 12

Señorita:

Recibí su primera carta hace quince días, a las diez de la mañana, y unos minutos más tarde estaba ya sentado escribiéndole cuatro caras en un monstruoso formato. No lo lamento, pues no hubiese podido pasar ese rato de modo más gozoso, lo único que me cupo lamentar fue el que, al concluir, solamente había escrito el más pequeño comienzo de lo que me proponía decir, de modo que la parte de la carta que no llegué a escribir me llenó e inquietó durante días, hasta que la esperanza de una respuesta suya y la progresiva debilitación de dicha esperanza acabaron por disipar mi inquietud.

¿Por qué no me ha escrito usted? Es posible, y probable, dada la naturaleza de aquel escrito, que en mi carta hubiera alguna estupidez que pudiese desorientarle, pero no es posible que le haya pasado a usted desapercibida la buena intención que sustenta cada una de mis palabras. ¿Que acaso se ha perdido una carta? Pero la mía fue enviada con demasiado celo como para poder pensar que haya sido rechazada, y en cuanto a la suya, es demasiado el tiempo que he estado aguardando su llegada. Y además, ¿es que suelen perderse las cartas, como no sea en la incierta espera del que no encuentra otra explicación? ¿O es que no le fue entregada mi carta como consecuencia del desaprobado viaje a Palestina? ¿Pero puede ocurrir una cosa así en el seno de una familia, y máxime tratándose de usted? Y según mis cálculos, la carta tendría que haber llegado ya el domingo por la mañana. Resta

⁴ *Arkadia, almanaque de poesía* [Arkadia, Ein Jahrbuch für Dichtkunst], que apareció en junio de 1913, en la Editorial Kurt Wolff (Leipzig).

⁵ Primer libro publicado por Kafka, *Contemplación* [Betrachtung], Leipzig: Editorial Ernst Rowohlt.

solo la triste posibilidad de que esté usted enferma. Pero no lo creo, seguro que está usted sana y alegre. No sé a qué atenerme, y si escribo esta carta no es tanto con la esperanza de una respuesta como en cumplimiento de un deber hacia mí mismo.

Si yo fuera el cartero de la Immanuelkirchstrasse que le llevara esta carta a su casa, no dejaría que ningún asombrado miembro de su familia me cortara el paso e impidiera atravesar derecho todas las habitaciones hasta llegar a usted y depositar la carta en su propia mano; o menos aún si yo mismo me plantara ante la puerta de su casa y, para placer mío, con un placer capaz de disipar toda ansiedad, me pusiera a tocar el timbre sin parar.

Suyo. Franz Kafka
Praga. Pořič 7

*A la señora Sophie Friedmann*⁶
14, X, 12

Querida señora:

Por azar, y sin el debido permiso —espero que esto no le hará enfadarse conmigo—, he leído esta tarde, en una carta dirigida a sus padres de usted, la observación de que la señorita Bauer mantiene conmigo una animada correspondencia. Puesto que semejante cosa solo es cierta de modo muy relativo, si bien es algo que, por otro lado, entraría de lleno en mis deseos, le ruego, querida señora, me escriba cuatro letras aclaratorias acerca de la mencionada observación, lo cual no ha de resultarle difícil, toda vez que el hecho de que se halla usted en contacto epistolar con la señorita es algo que queda fuera de toda duda.

La correspondencia que usted ha calificado de «animada», presenta, en realidad, el siguiente aspecto: transcurridos quizás dos meses desde aquella tarde en que por primera y última vez vi a la

⁶ La hermana de Max Brod.

señorita en casa de sus padres de usted, le escribí una carta, cuyo contenido no vale la pena ser mencionado aquí, dado que dicha carta obtuvo una amable respuesta. No era, en modo alguno, una respuesta canceladora, antes al contrario, su tono y su contenido le otorgaban el valor de preámbulo a una ulterior correspondencia que tal vez pudiera ir haciéndose amistosa. El intervalo entre mi carta y la respuesta fue, por cierto, de diez días, lo que ahora me lleva a pensar que esta en sí no muy dilatada demora mejor hubiera hecho yo en tomarla como un consejo para mi contestación. Por diversos motivos, igualmente no merecedores de mención—muy probablemente me estoy excediendo en la mención de cosas que a usted, querida señora, es a quien no parecerán merecedoras de mención—, no lo hice así, sino que escribí mi carta después de una, hasta cierto punto, poco cuidadosa lectura de la de la señorita, logrando con esto el que, seguramente, mi carta pueda poseer a ojos de muchos el inevitablemente estúpido carácter de un arrebato. Puedo afirmar, no obstante, que aun admitiendo cualquier objeción contra aquella carta, acusarla de deshonestidad sería injusto, y esto es, en definitiva, lo que, entre personas que no albergan entre sí prejuicio hostil alguno, debería prevalecer como el elemento decisivo. Pues bien, desde esta carta han transcurrido ya dieciséis días sin que haya recibido respuesta, y, a decir verdad, no puedo imaginarme qué índole de motivaciones pudieran dar lugar todavía a una contestación tardía, toda vez que mi carta de entonces era de esas que solo las cierra uno con el fin de dar pie para una pronta respuesta. Con objeto de dejar ante usted plena constancia de mi sinceridad, le diré que en el curso de estos dieciséis días he escrito, cierto que sin expedirlas, dos cartas más a la señorita; ellas son lo único que, si estuviera de humor, me permitiría hablar de correspondencia «animada». Al principio, en efecto, hubiera podido creer que circunstancias fortuitas habían obstaculizado o hecho imposible una respuesta a aquella carta, pero las he examinado todas a fondo y no creo ya en ningún tipo de circunstancia fortuita.

De seguro, querida señora, que ni ante usted ni ante mí mismo me hubiese atrevido nunca a hacer esta pequeña confesión, de no haber sido porque aquel comentario en su carta se me clavó demasiado hondo, y también porque me consta que esta carta, cuyo contenido

no está hecho precisamente para dejarse ver, va a parar a manos buenas y prudentes.

Con afectuosos saludos para usted y su amable esposo,

suyo affmo.
Franz Kafka
Praga, Pořič 7

A la señora Sophie Friedmann
[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]
18, X, 12

Querida señora:

La oficina no puede sino quedar relegada a segundo plano ante la importancia de esta carta, con la que respondo a la suya del 16, carta que, por ser usted quien la ha escrito, es gentil y buena y clara, como me esperaba que lo fuera, mientras que el pasaje citado sigue sin querer revelar su enigma ni a la décima lectura. O sea que, entonces, lo de «animada correspondencia» fue un comentario hecho por usted no solo a la ligera y sin pruebas, tal cual yo, para mi gran vergüenza, me figuraba, si bien es verdad que no lo confesaba en mi última carta, puesto que, de haberlo hecho, la carta se hubiese tornado superflua. Y esta «animada correspondencia» habría existido ya para el 3 o, lo más temprano, el 2 de octubre, es decir, en unos momentos en que mi segunda carta, la que quedó sin respuesta, la de mis desdichas, tenía por fuerza que haber llegado ya a Berlín. Ahora bien, ¿acaso estaría ya escrita la respuesta, puesto que el pasaje citado equivale a admitir el conocimiento de aquella carta? Pero las cartas en general, ¿es que se pierden, como no sea en la incierta espera de quien no encuentra ninguna otra explicación? Tiene que reconocer, querida señora, que tuve razón en escribirle a usted, y que se trata de un asunto que precisa en sumo grado de un ángel bueno.

Mis más cordiales saludos para usted y su amable esposo.

Le queda agradecido,

Franz K.

[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]
23, X, 12

Señorita:

Aun cuando tuviera alrededor de mi mesa a mis mismísimos tres jefes con sus ojos clavados en mi pluma, tengo que contestarla en el acto, pues su carta ha caído sobre mí como desde las nubes, en la vana contemplación de las cuales se ha pasado uno tres semanas. (Acaba de cumplirse el deseo en lo tocante a mi jefe inmediato). Si he de corresponder a la descripción que hace usted de su vida durante este intervalo haciendo yo lo propio respecto de la mía, le diré que mi vida consistió, a medias, en estar esperando la llegada de una carta suya, a lo que, ciertamente, puedo añadir también las tres cartitas que le escribí en estas tres semanas (¡Dios santo, acaban de consultarme acerca de seguros para presidiarios!), de las que, en todo caso, dos podrían ser enviadas ahora, mientras que la tercera, en realidad la primera, no es posible expedirla.

O sea que su carta se ha debido de perder (nada sé acerca de un recurso ministerial Josef Wagner en Katharinaberg, he tenido que declarar en este mismo instante) y las preguntas que formulaba entonces se quedarán sin respuesta, y no obstante yo no tengo culpa alguna en la pérdida.

Estoy inquieto y no logro dominarme, me ha dado de lleno la manía de quejarme sin parar, aunque hoy ya no es ayer, pero lo acumulado se derrama y se libera en días mejores.

Lo que hoy le escribo no es una respuesta a su carta, quizá la respuesta sea la carta que escriba mañana, tal vez lo sea la de pasado mañana. Mi forma de corresponder no es, desde luego, chiflada en sí misma, sino exactamente tan chiflada como mi actual forma de vivir, la cual puede que le describa alguna vez.

¡Y que no paran de hacerle regalos! Esos libros, bombones y flores, ¿los tiene esparcidos por todo el escritorio? Sobre mi mesa no hay otra cosa que inexplicable desorden; su flor, por la que beso su mano, me he apresurado a colocarla dentro de mi cartera, donde, por otro lado, y a pesar de su carta perdida y no reemplazada, se encuentran ya dos cartas suyas, puesto que le pedí a Max que me diera la carta que

usted le escribió, cosa, sin duda, un poco ridícula, pero que no debe ser tomada a mal.

Este primer tropiezo en nuestra correspondencia tal vez haya sido excelente, ahora sé que puedo escribirle incluso por encima de las cartas perdidas. Pero ni una sola carta más tiene derecho a perderse. Adiós, y vaya pensando en un pequeño diario.

Suyo. Franz K.

[En el borde superior de la primera cuartilla] Yo que estoy tan nervioso pensando en que se puedan perder las cartas, y usted que no pone mis señas del todo correctamente: hay que escribirlas así, Pořič 7, con dos tildes sobre la r y la c, y también para mayor seguridad convendría que pusiera la referencia «Compañía de Seguros Contra Accidentes de Trabajo».

La fecha de nacimiento de la señora Sophie se la diré mañana.

[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]
24, X, 12

Señorita:

Menuda novecita de insomnio, en la que solo hacia el final, en las dos últimas horas, da uno la vuelta y se duerme forzada y premeditadamente, un dormir en el que los sueños no son, ni de lejos, sueños, y el dormir, todavía con más razón, no dormir. Y para colmo hace un rato he tropezado con la cesta de reparto de un mozo de carnicería, y aún siento la madera más arriba del ojo izquierdo.

Con semejante preparación no estaré seguramente en mejor situación para vencer las dificultades que me produce el hecho de escribirle, y que tampoco esta noche, y bajo formas siempre nuevas, han dejado de rondar por mi cabeza. No es que no consiga poner por escrito las cosas que quiero decir, son cosas de lo más sencillo, pero son tantas que no logro alojarlas en el tiempo y el espacio. Reconociendo que esto es así, a veces me sobreviene, cierto que solo por la noche, un deseo de abandonarlo todo, de no escribir más y

de irme a pique por culpa de lo no escrito mejor que por culpa de lo escrito.

Me habla usted de sus idas al teatro, y eso me interesa mucho, pues, en primer lugar, ahí en Berlín está usted junto al manantial de todos los acontecimientos teatrales, y en segundo lugar porque elige usted muy bien los teatros a los que va (salvo el Metropoltheater, en el que yo también estuve, acompañado de un bostezo de todo mi ser, más grande que la embocadura del escenario) y, en tercer lugar, yo particularmente no entiendo nada en absoluto de teatro. ¿Pero de qué me sirve el saber que frecuenta usted los teatros, no sabiendo lo que precedió y lo que siguió, no sabiendo cómo iba usted vestida, qué día de la semana era, qué tal tiempo hacía, si cenó antes o después, qué localidad tenía, de qué humor estaba y por qué, etcétera, un etcétera tan largo como el pensamiento dé de sí? Desde luego que es imposible contarme todo eso por carta, pero precisamente así es todo, imposible.

El cumpleaños de la señora Sophie —para decir algo pura y absolutamente comunicable— es el próximo 18 de marzo, ¿y cuándo es el de usted, preguntándose sin rodeos?

No es solamente el ajeteo que reina en este instante en la oficina lo que hace que mi carta divague, así que vuelvo a preguntar algo totalmente distinto: guardo en la memoria, dentro de los límites en que puede uno fiarse de tales convicciones, poco más o menos todo cuanto dijo usted aquella tarde en Praga, solo una cosa no me resulta muy clara, se me ocurre al leer su carta y debería usted completármela. Mientras íbamos, en compañía del señor director Brod desde la casa en dirección al hotel, yo, si he de decir la verdad, estaba completamente desconcertado, inatento y aburrido, sin que —o al menos sin ser yo consciente de ello— tuviera la culpa la presencia del señor director. Antes al contrario, me hallaba relativamente contento de sentir que se me dejaba solo. La conversación giraba en torno a lo poco que suele usted meterse en el bullicio del centro de la ciudad por las tardes, ni siquiera cuando va al teatro, y que cuando regresa a casa llama, por medio de un modo especial de dar palmadas, la atención de su madre, y esta hace que le abran el portal. ¿De veras es así, de este modo un tanto curioso? ¿Y si, por excepción, se llevó usted la llave el día del Metropoltheater, fue únicamente debido a la en especial tardía hora de regreso? ¿Son ridículas estas preguntas? Mi rostro está

absolutamente serio, y si usted se ríe le ruego que lo haga amistosamente, y que me conteste con exactitud.

Aparecerá, publicado por Rowohlt en Leipzig, lo más tarde esta primavera, un almanaque de poesía que edita Max. Contendrá un cuento mío *La condena*, con la siguiente dedicatoria: «A la señorita Felice B.». ¿Es esto mangonear excesivamente en sus derechos? ¿Máxime siendo que la dedicatoria está puesta en el texto desde hace ya un mes y que el manuscrito no obra ya en mi poder? ¿Constituye quizá una disculpa a la que pueda otorgar validez el hecho de que me haya forzado a mí mismo a eliminar la apostilla (a la señorita Felice B.) «a fin de que no sean siempre otros quienes le hagan regalos»? Por lo demás, y en la medida en que yo pueda darme cuenta, el cuento, en su sustancia, no tiene ninguna relación con usted, salvo porque aparece fugazmente una muchacha llamada Frieda Brandenfeld, o sea, tal como me di cuenta después, que tiene en común con usted las iniciales del nombre. La única relación consiste más bien en que este pequeño relato intenta, de lejos, ser digno de usted. Y esto es también lo que pretende expresar la dedicatoria.

Me llena de pesadumbre el no poder enterarme de lo que contestaba usted a mi penúltima carta. Tantos años transcurridos sin tener noticia alguna de usted, y ahora, y del modo más superfluo, hay que arrojar al olvido un mes más. Por supuesto que preguntaré en Correos, pero las perspectivas de que allí llegue a enterarme de algo más de lo que aún retenga usted en la memoria son muy escasas. ¿No podría mandarme cuatro letras contándomelo?

Punto final, punto final por hoy. Ya en la página anterior han comenzado las molestias, incluso en este cuarto más silencioso donde me he escondido. Se asombra usted de que tenga tanto tiempo libre en la oficina (es una excepción por mí forzada) y de que solo escriba en la oficina. También para eso existen explicaciones, pero no tiempo para darlas.

Adiós, y no se enfade por tener que firmar todos los días el resguardo.⁷

Suyo. Franz K.

⁷ En aquella época Kafka enviaba la mayor parte de sus cartas certificadas y el destinatario debía firmar un resguardo, «*Recipisse*».

A la señora Sophie Friedmann

[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]

24, X, 12

Querida señora:

Le quedo infinitamente agradecido por la delicadeza con que ha tocado usted este asunto, el cual parece estar ya perfectamente en regla. Su silencio a mi última carta, que, por otro lado, tampoco requería ninguna respuesta especial, supongo no debo interpretarlo como castigo a alguna estupidez que, por nerviosismo u otra razón cualquiera, hubiese podido adherirse a mis dos cartas. Pero usted ya sabe, querida señora, cuánto me hace padecer el no recibir respuestas, de modo que, con toda seguridad, hubiese preferido castigarme por una estupidez mediante una carta adecuada antes que mediante el silencio. Esta reflexión no me hace ahora tampoco abrigar la esperanza de una indefectible contestación suya, pero confío en que continuará mostrándose tan amable como lo ha sido al concederme su ayuda últimamente. Me gustaría dar las gracias también muy especialmente a su amable esposo, pero no lo hago, en primer lugar porque ello me resultaría algo violento, y en segundo lugar porque sé que se halla usted tan unida a su esposo que la gratitud a usted destinada recae, de modo inmediato, también sobre él.

Con mis más cordiales saludos.

Suyo. Dr. F. Kafka

27, X, 12

Señorita:

Por fin a las ocho de la tarde —es domingo— puedo permitirme escribirle, y eso que todo lo que he hecho durante el día entero no ha tenido otra finalidad que permitírmelo lo más pronto posible. ¿Pasa usted los domingos alegremente? Seguro que sí, después de su enorme trabajo. Para mí, el domingo, por lo menos desde hace mes y medio, es un milagro cuyo fulgor vislumbro ya desde el lunes por la

mañana al despertarme. El problema sigue siendo arrastrar la semana hasta que llega el domingo, tirar del trabajo a lo largo de esos días de la semana, pero me las arregle como me las arregle, el viernes por lo general ya no puedo más. Cuando pasa uno así la semana hora por hora, incluso por el día no mucho menos atento que el insomne por la noche, y cuando se ve uno rodeado por la implacable maquinaria de semejante semana, aún tiene uno, verdaderamente, que darse por contento de que esas jornadas que van superponiéndose unas a otras sin esperanza no se derrumben para empezar de nuevo, sino que pura y simplemente pasen, y que al fin dé comienzo el respiro de la tarde y de la noche.

Yo también estoy más alegre, pero no hoy; la lluvia ha hecho que me quede sin mi paseo dominical; he pasado, lo que solo en apariencia contradice mi primera frase, la mitad del día en la cama, el mejor lugar para la tristeza y la meditación; los turcos pierden, lo que podría llevarme, cual falso profeta, a predicar la retirada no solamente de los soldados, sino de todo el mundo (la cosa representa también un rudo golpe para nuestras colonias), de forma que no le quede a uno sino sumergirse en sus quehaceres, ciego y sordo a todo lo demás.⁸

¡Cómo la estoy entreteniendo! ¿Debo, querida señorita, levantarme y dejar de escribir? Pero quizá vea usted a través de todo esto que, en definitiva, pese a todo soy muy feliz, y en tal caso me sea permitido quedarme y seguir escribiendo.

Menciona usted en su carta el malestar que sintió aquella tarde en Praga, y sin que quiera usted decirlo ni darlo a entender, parece desprenderse de este pasaje de la carta que fui yo quien introdujo dicho malestar, pues antes Max apenas había hablado de su opereta, la cual, por lo demás, a él no le preocupaba ni le daba que pensar gran cosa, y yo no rompía aún la unidad de la concurrencia con mi ridículo paquete. Además era justo la época en que solía yo a menudo, en mis frecuentes visitas, divertirme gastando la broma a Otto Brod (el cual gusta de irse a la cama a su hora) de mantenerle en vela durante mucho rato, por medio de una extraordinaria animación que iba en

⁸ En la Guerra de los Balcanes, 1912/13, la alianza de Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro triunfó sobre los turcos.

aumento a medida que pasaba el tiempo, hasta que la familia entera solía acabar por aunar fuerzas y, por supuesto que con todo cariño, echarme de la casa. Mi aparición a tan tardía hora —debían de ser ya más de las nueve— representaba, por consiguiente, una cierta amenaza. En la mente de la familia había, pues, dos visitantes opuestos: usted, a quien no se quería dar sino pruebas de amabilidad y cortesía, y yo, el perturbasueño profesional. Para usted, por ejemplo, se tocaba el piano, para mí, por ejemplo, Otto golpeaba la pantalla de la estufa, lo que ya había tomado carta de naturaleza entre nosotros como alusión, a mí dirigida, de que era hora de irse a dormir, mas para quien no lo supiera podría resultar verdaderamente absurdo y fatigoso. Yo, desde luego, no estaba preparado en absoluto para encontrar allí a una visita, habiendo únicamente quedado con Max en que iría a las ocho (como de costumbre llegué una hora más tarde) para discutir la ordenación del manuscrito, ordenación de la que, hasta entonces, no me había preocupado lo más mínimo, pese a que había quedado en enviarlo a la mañana siguiente.⁹ El caso es que el encontrarme con que había una visita me puso un poco de mal talante. En contradicción con esto, resultaba patente que aquella visita no me causaba sorpresa alguna. Le tendí a usted la mano por encima de la gran mesa antes de ser presentado, pese a que usted apenas se había levantado, y, probablemente, no tenía ninguna gana de tenderme a mí la suya. La miré solo furtivamente, tomé asiento y todo parecía hallarse dentro del más perfecto orden, su presencia apenas si me hacía sentir la leve excitación que todo desconocido dentro de una reunión de personas que ya se conocen me produce siempre. Descontando el hecho de que no pude examinar con Max el manuscrito, el estarle pasando a usted las fotografías de Talía para que las viera fue una variación muy bonita. (Por esta palabra, que muy bien describe mi impresión de entonces, podría hoy, que estoy tan lejos de usted, darme de golpes). Usted se había tomado muy en serio lo de mirar las fotos, y solo levantaba la vista cuando Otto daba alguna explicación o yo le pasaba una nueva foto. Uno de nosotros, ya no sé quién, incurrió en un cómico malentendido al comentar una fotografía. Con objeto de poder

⁹ El manuscrito de *Contemplación [Betrachtung]*.

contemplar las fotos, dejó usted de comer, y cuando Max hizo no sé qué observación sobre la comida, dijo usted algo así como que nada le resultaba tan odioso como las personas que no paran de comer. Mientras tanto estaba sonando el timbre (son mucho más de las once de la noche, momento en que comienza mi trabajo propiamente dicho, pero no puedo desentenderme de esta carta), sonaba, pues, el timbre y usted contó la escena primera de una opereta, *das Autogirl*, que había usted visto en el Residenztheater (¿hay un Residenztheater? ¿Y era una opereta?), en la cual se encuentran en escena quince personas a las que se dirige alguien que sale del vestíbulo, de donde se oye sonar el timbre del teléfono, y pide a cada una, una tras otra y utilizando la misma fórmula cada vez, que acuda al teléfono. Yo también recuerdo esta fórmula, pero me da vergüenza el transcribirla, pues no sé cómo se pronuncia correctamente, y menos todavía cómo se escribe, pese a que entonces no solo la oí con claridad sino que también la leí en sus labios, y pese a que desde entonces he pensado muchas veces en ella, siempre en un esfuerzo por construirla como es debido. Después (no, fue antes, pues en ese momento estaba sentado en las proximidades de la puerta, o sea, en posición oblicua respecto a usted) ya no me acuerdo cómo surgió la conversación sobre palizas y hermanos y hermanas. Se mencionaron nombres de algunos miembros de la familia de los que yo nunca había oído hablar, también salió a colación un tal Ferry (¿se trata quizá de su hermano?).¹⁰ Y contó usted que cuando era pequeña sus hermanos y sus primos (¿también el señor Friedmann?) le pegaban a usted de lo lindo, y que contra esto se había sentido usted inerme. Se pasó la mano por el brazo izquierdo, el cual, según usted, en aquellos tiempos se hallaba cubierto de cardenales. No tenía usted, sin embargo, aire quejumbroso, y a mí me era imposible, aunque sin tener muy claro el por qué, imaginar cómo había podido nunca nadie osar pegarle, aunque solo fuera usted entonces una niña. Más tarde, de pasada, mientras miraba o leía algo (levantó usted la mirada demasiado poco, y fue muy corta la tarde), hizo la observación de que había aprendido hebreo. La cosa, por un lado, me dejó atónito, por otro (todo esto no es sino opiniones de

¹⁰ Ferdinand, hermano de Felice, llamado Ferry.

entonces, y hace ya mucho que han pasado por un fino tamiz) me hubiera gustado no verlo mencionar tan ostensiblemente de pasada, de modo que luego, cuando no supo traducir Tel-Aviv, experimenté un secreto regocijo. Pero al mismo tiempo salió a relucir también que era usted sionista, y eso me pareció estupendo. Estando todavía en aquella habitación se habló también de su profesión, y la señora Brod mencionó un precioso vestido de batista que había visto en su habitación del hotel, pues el motivo de su viaje era tal vez el de asistir a no sé qué boda, la cual —lo estoy adivinando más bien que recordando— iba a celebrarse en Budapest.¹¹ Al levantarse se vio que tenía usted puestas unas zapatillas de la señora Brod, ya que sus botas tenían que secarse. Había hecho un tiempo espantoso durante todo el día. Extrañaba usted un poco aquellas y, al terminar de atravesar la oscura sala central, me dijo que estaba acostumbrada a zapatillas con tacones. Tales zapatillas eran para mí una novedad. En la sala del piano se sentó usted enfrente de mí, y yo empecé a extenderme sobre mi manuscrito. Todo el mundo se puso a darme consejos extraños respecto al envío, pero no me es posible ya recordar cuáles fueron los suyos. En cambio guardo aún en la memoria algo que ocurrió en la otra habitación, y que me llenó de tal asombro que di un golpe sobre la mesa. Dijo usted, en efecto, que le gusta copiar manuscritos, que, de hecho, en Berlín copia usted manuscritos para no sé qué señor (¡maldito sonido el de esta palabra, cuando no va unido a ningún nombre ni a ninguna explicación!), y pidió a Max que le enviara manuscritos. Lo mejor que hice aquella tarde fue que, casualmente, llevaba conmigo un ejemplar de *Palestina*,¹² Y por eso merezco que se me perdone todo lo demás. Surgió el tema del viaje a Palestina, y entonces me tendió usted la mano, o más bien fui yo quien la atrajo, en virtud de una inspiración. Mientras sonaba el piano, yo estaba sentado detrás de usted, de lado, había cruzado usted las piernas y daba repetidos toquitos a su peinado, el cual no puedo representármelo visto por delante, y del que solo sé, en lo que se refiere al tiempo que duró la audición de piano, que sobresalía un poco por un lado. Más

¹¹ Else, la hermana de Felice, que se casó en Budapest.

¹² Publicación mensual consagrada a la colonización de Palestina, editada por Adolf Böhm, Viena.

tarde la verdad es que la reunión se dispersó totalmente, la señora Brod dormitaba en el sofá, el señor Brod estaba entretenido en la biblioteca, Otto luchaba con la pantalla de la estufa. Se habló de los libros de Max, usted dijo algo acerca de *Arnold Beer*,¹³ acto seguido mencionó una crítica en *Oriente y Occidente*,¹⁴ y finalmente dijo, mientras pasaba las hojas de un tomo de las obras de Goethe en la edición de los Propyleos, que había también empezado a leer *Castillo Nornepygge*, pero que no había logrado leerlo hasta el final.¹⁵ Este comentario me dejó lo que se dice helado, por mí, por usted y por todos. ¿No era una ofensa inútil e inexplicable? Y sin embargo, mientras todos dirigíamos nuestras miradas hacia su cabeza inclinada sobre el libro, usted supo llevar a buen término, como una heroína, aquella aparentemente insalvable situación. Resultó que no era ninguna ofensa, es más, ni tan siquiera, y en lo más mínimo, un juicio, se trataba únicamente de un hecho que a usted misma desconcertaba y, por eso mismo, era su propósito recomenzar la lectura del libro. La cosa no podía haberse resuelto de forma más bonita, y se me ocurrió que todos hubiéramos debido sentirnos un poco avergonzados ante usted. El señor director dio un quiebro al asunto trayendo el tomo de ilustraciones de la edición de los Propyleos y anunciando que iba a mostrarle a usted a Goethe en calzoncillos. Usted citó: «Sigue siendo un rey, en calzoncillos»,¹⁶ y esta cita fue lo único que me desagradó de usted en toda la velada. El desagrado me hizo sentir casi una opresión en la garganta, y la verdad es que hubiese debido preguntarme a mí mismo qué es lo que me impulsaba a sentir tamaña participación. Pero soy completamente inexacto. La celeridad con que, al final, se deslizó usted fuera del salón para regresar calzada con sus botas es algo que me exasperó por completo. La comparación con una gacela, que la señora Brod hizo dos veces, no me gustó, sin embargo. Estoy viendo aún con bastante claridad cómo se puso usted el sombrero y colocó

¹³ La novela de Max Brod *Arnold Beer. El destino de un judío*, Berlín, 1912.

¹⁴ La reseña (de Mathias Acher) apareció en *Ost und West [Oriente y Occidente]* XII, cuaderno 8, agosto de 1912.

¹⁵ La novela de Max Brod *Castillo Nornepygge. Novela del indiferente*, Berlín, 1908.

¹⁶ Variante de una cita extraída del drama fantástico de Ludwig Fulda *El talismán*.

las agujas. El sombrero era bastante grande, blanco por debajo. Nada más llegar a la calle caí en uno de mis no precisamente infrecuentes estados crepusculares en los que no me doy clara cuenta de nada excepto de mi propia inutilidad. En la Perlgasse me preguntó usted, quizá para ayudarme a romper mi embarazoso mutismo, dónde vivía, queriendo, evidentemente, saber si el camino hacia mi casa coincidía o no con el camino hacia el hotel, pero a mí, desdichado idiota, no se me ocurrió otra cosa que responder preguntándole si quería conocer mi dirección, en la suposición, al parecer, de que nada más llegar a Berlín querría, con ardoroso celo, escribirme sobre el viaje a Palestina, y no quería exponerse a la desesperante situación de no tener a mano mis señas. Como es natural, mi torpeza continuó desconcertándome durante el resto del camino, en la medida en que en mí había entonces algo que desconcertar. Ya arriba en la primera habitación, y luego otra vez en la calle, se había hablado de un señor perteneciente a la filial en Praga de su empresa, con el cual había estado usted paseando en coche en el Hradschin. Dicho señor, se me antojó, hacía imposible el que yo le llevase a usted flores por la mañana a la estación, cosa que desde hacía un rato me venía rondando por la cabeza sin lograr tomar una firme decisión al respecto. La temprana hora de su marcha, la imposibilidad de encontrar flores tan pronto me facilitaban la renuncia. En la Obstgasse y en el Graben era el señor director Brod quien llevaba el peso principal de la conversación, limitándose usted a contar aquella historia de cómo su madre manda que le abran el portal cuando la oye dar palmadas, historia, por otro lado, sobre la que me debe usted todavía una explicación. Fuera de esto, nos dedicamos a perder el tiempo infamemente haciendo comparaciones entre el tráfico de Praga y el de Berlín. También se mencionó, si no me equivoco, que había merendado usted en la Repräsentationshaus, frente a su hotel. Por último, el señor Brod le dio consejos relacionados con su viaje y le nombró algunas estaciones donde podría encontrar algo para comer. Usted tenía la intención de desayunar en el vagón restaurante. Entonces oí también que se había olvidado su paraguas en el tren, y esta nimiedad (nimiedad para mí) me aportó una diversidad nueva en la imagen de usted. El que no hubiera hecho aún el equipaje y quisiera seguir leyendo en la cama me dejó intranquilo. La noche anterior había usted leído hasta las cuatro de la madrugada. Como lectura para

el viaje llevaba usted consigo: *Banderas sobre la ciudad y el puerto* de Björnson, y *Libro de estampas sin estampas* de Andersen. Tenía la impresión de que hubiese podido adivinar esos libros, algo, claro está, de lo que no hubiese sido capaz en toda mi vida. Al entrar en el hotel no sé por qué confusión me metí en el mismo compartimento de la puerta giratoria en el que iba usted y por poco le piso. Luego nos quedamos los tres de pie unos instantes delante del camarero junto al ascensor en el que iba usted a desaparecer enseguida, y cuya puerta estaba ya abierta. Todavía intercambié usted con el camarero unas breves palabras, en tono muy altivo, palabras que, si me paro a escuchar, aún me resuenan en los oídos. No se dejaba usted disuadir fácilmente de que fuese innecesario tomar un coche para ir a la cercana estación. Claro que usted pensaba que saldría de la Estación de Francisco-José. Acto seguido nos dijimos el último adiós y yo, del modo más torpe imaginable, mencioné otra vez lo del viaje a Palestina y tuve la impresión en ese momento de que había hablado demasiadas veces del viajecito en el transcurso de toda la tarde, viaje que probablemente nadie excepto yo había tomado en serio.

Estos son, poco más o menos, con solo pequeñas e inesenciales aunque ciertamente numerosas omisiones, todos los acontecimientos externos de aquella tarde, de los que todavía hoy me acuerdo, después de transcurridas más de otras treinta tardes en casa de la familia Brod, las cuales, por desgracia, puede que hayan borrado algún recuerdo. He anotado esos acontecimientos para así responder a su comentario de que aquella tarde había pasado usted casi desapercibida, y también porque hacía ya demasiado tiempo que venía resistiéndome al deseo de describir de una vez los recuerdos de aquella velada mientras aún subsistan. Pero ahora contempla usted con espanto esta masa de papel escrito, primero maldice aquel comentario que ha sido el causante de todo, se maldice luego a sí misma por tener que leerse todo esto, acto seguido se lo lee enterito, movida, quizás, por una leve curiosidad, mientras el té se le queda helado, y finalmente se pone de tan mal humor que jura por todo aquello que más quiere no estar en modo alguno dispuesta a completar mis recuerdos con los suyos, no dándose cuenta, en su enfado, que completar no es tan molesto como una primera redacción, y que si lo hiciera, me daría una alegría mucho mayor que la que yo he logrado proporcionarle con

esta primera recopilación de material. Pero bueno, ya la dejo en paz de una vez, no sin antes enviarle mis más cordiales saludos.

Suyo. Franz K.

Aún no es el final, y además una preguntita difícil de contestar: ¿cuánto tiempo puede conservarse el chocolate sin que se eche a perder?

29, X, 12

Señorita:

He aquí algo muy importante, aunque escrito a toda prisa. (Ya no escribo en la oficina, pues mi trabajo oficinístico se revuelve contra las cartas que allí le escribo, tan absolutamente extraño es para mí este trabajo, carente de la más mínima noción de cuáles son mis necesidades). No vaya, por tanto, a creer que con otra interminable carta como la de anteayer, por la que bastantes reproches me he hecho ya, quiera quitarle, aparte del tiempo de leer, también sus ratos de descanso comprometiéndola a respuestas largas y puntuales, no podría por menos que avergonzarme si hubiera de convertirme en la plaga de sus tardes, tras sus duras jornadas de trabajo. Mis cartas no quieren ser ninguna plaga, no lo pretenden en modo alguno, pero, al fin y al cabo, esto es totalmente evidente y no habrá usted podido entenderlo de otra manera. Solo es preciso —y eso es lo importante— y eso es lo importante (tan importante es que, con las prisas, se me convierte en una letanía) que no pase más tiempo escribiendo por la tarde, aun cuando, dejando aparte mis cartas, le entraran espontáneamente ganas de hacerlo. No obstante imaginar que su oficina tiene un ambiente agradable —¿está usted sola en una habitación?— quiero dejar de tener la sensación de que la retengo allá hasta bien entrada la tarde. Cinco renglones, eso sí podría escribirme de cuando en cuando por la tarde, a propósito de lo cual no puedo, pese a mis esfuerzos en contra, resistirme a hacer la cruda observación de que cinco renglones pueden escribirse con más frecuencia que largas cartas. La visión de sus cartas bajo la puerta —ahora llegan hacia el mediodía— es algo

que podría hacerme olvidar todo escrúpulo hacia usted, pero el leer la hora de expedición, o la sospecha de que posiblemente le he hecho privarse de un paseo, me resulta igualmente insoportable. ¿Tengo quizá derecho a desaconsejarle el Piramidón, si es que en parte soy culpable de sus dolores de cabeza? ¿Cuándo, de verdad, sale usted a pasear? Gimnasia tres veces a la semana, dos el profesor —la carta en que me hablaba de él debe de ser la que se perdió—, después de todas esas cosas, ¿qué tiempo libre le queda? Y encima trabajos manuales el domingo, ¿eso por qué? ¿Acaso puede alegrarse su madre de saber que sus momentos de reposo tiene que emplearlos en tales cosas? Tanto más cuanto, según sus cartas, su madre parece ser su mejor amiga, y la más alegre. Ojalá quiera usted tranquilizarme sobre todas estas cuestiones en cinco renglones, para que no tengamos ya que pensar ni escribir más sobre ello y podamos mirarnos y escucharnos tranquilamente el uno al otro, sin autorreproches, usted en virtud de su bondad y de su penetración, yo según es mi obligación.

Suyo. Franz K.

[Membrete de la Compañía de Seguros
Contra Accidentes de Trabajo]
31, X, 12

Señorita:

Fíjese en la cantidad de imposibles que hay en nuestra correspondencia. ¿Puedo despojar de su apariencia de repelente y falsa magnanimidad a un ruego como aquel de que me escriba solamente cinco renglones? Es imposible. ¿Pero es que no soy sincero al pedírselo? Ya lo creo que soy sincero. Y sin embargo, ¿no soy, acaso, también insincero? Naturalmente que soy insincero, ¡y de qué manera! Cuando al fin llega una carta, después de que la puerta de mi despacho se ha abierto mil veces para dejar paso no al ujier portador de la carta, sino a un sinnúmero de personas que con la serena expresión de sus rostros me atormentan, y que no se sienten aquí ni en lo más mínimo fuera de lugar, cuando, por el contrario, nadie excepto el ujier con la carta tiene derecho, él y nadie más, a presentarse ante mi vista, es

entonces, pues, cuando la carta ha llegado, que me figuro podré estar tranquilo unos momentos, que podré saciarme en ella y que el transcurso del día será bueno. Pero la he leído y me entero por ella de cosas que nunca hubiese podido permitirme pedir que me dijera, ha empleado usted la tarde en escribir la carta y seguramente ya no le queda apenas tiempo para pasear por la Leipzigerstrasse, leo la carta una vez, la dejo, la vuelvo a leer, cojo una ficha pero en realidad leo únicamente su carta, estoy al lado del mecanógrafo para dictarle algo, y su carta se desliza de nuevo lentamente entre mis manos, y apenas la saco ya están preguntándome cualquier cosa, y me doy perfecta cuenta de que en esos momentos no debería pensar en su carta, pero resulta que es lo único que me viene a la mente; pero después de todo esto estoy hambriento como lo estaba antes, inquieto como antes, y la puerta comienza a moverse otra vez alegremente, como si el ujier fuera a hacer su entrada con la carta una vez más. Esta es la «pequeña alegría», para emplear sus propias palabras, que me producen sus cartas. Con esto queda también contestada su pregunta de si no me resulta desagradable recibir todos los días carta suya en la oficina. Por supuesto que establecer cualquier tipo de relación entre el trabajo oficinístico y el hecho de recibir carta suya es poco menos que imposible, pero igual de imposible es estar trabajando y, al mismo tiempo, esperar en vano la llegada de una carta, o trabajar pensando que quizás la carta está en casa. ¡Imposibles por todos lados! Y sin embargo, la cosa no es tan grave, pues en los últimos tiempos he conseguido también vencer, en lo que se refiere al trabajo en la oficina, algún que otro imposible, y no hay que postrarse ante los imposibles de poca envergadura, de lo contrario los de mucha nos pasarían desapercibidos.

Por lo demás, hoy no puedo quejarme, pues sus dos cartas me han llegado con un intervalo de solo dos horas, y, claro está, hoy me he felicitado de la desorganización de los servicios postales tanto como ayer fueron objeto de mis maldiciones.

Pero no estoy contestando, ni apenas preguntando, y todo solo porque el placer de escribirle, sin que llegue a tomar conciencia de ello en el momento mismo, hace que todas mis cartas se dispongan a lo infinito y, en tal caso no es, evidentemente, necesario decir cosas sustanciales en las primeras cuartillas. Pero aguarde usted, mañana espero tener (lo espero por mí) tiempo suficiente para responder de

un tirón a todas sus preguntas y para formular yo tantas por mi parte que al menos por el momento se me alivie el corazón.

Por hoy añadido solamente que al leer el pasaje que trata de su sombrero me he mordido la lengua. ¿De modo que por abajo era negro? ¿Dónde tenía yo los ojos? Y el caso es que no me pareció una cosa ni mucho menos insignificante. Entonces por arriba sería completamente blanco y eso pudo haberme confundido, puesto que, debido a mi estatura, lo miraba de arriba abajo. Además al ponérselo inclinó usted un poco la cabeza. En resumen, le presento, como siempre, mis excusas, pero no debería haber hablado de algo que no sabía con absoluta exactitud.

Reciba mis más cordiales saludos, y un beso en su mano, si me lo permite.

Suyo. Franz K.

1, XI, 12

Querida señorita Felice:

No debe tomarme a mal este encabezamiento de la carta, al menos por esta vez, pues si, tal como me lo ha pedido ya en varias ocasiones, he de hablarle de mi manera de vivir, probablemente me verá obligado a decir algunas cosas para mí escabrosas y que a duras penas sería capaz de presentar ante una «señorita». Por otro lado, el nuevo encabezamiento no puede, ni mucho menos, ser una cosa tan terrible, pues de serlo no hubiera pensado en él con una satisfacción tan grande que aún me dura.

Mi vida, en el fondo, consiste y ha consistido siempre en intentos de escribir, en su mayoría fracasados. Pero el no escribir me hacía estar por los suelos, para ser barrido. Ahora bien, desde siempre mis energías han sido lamentablemente escasas, y el resultado natural de esto, aunque yo no lo haya reconocido abiertamente, ha sido la necesidad de hacer economías por todos lados, de privarme un poco en todos los terrenos, con objeto de preservar unas fuerzas a duras penas suficientes para lo que me parecía el principal fin mío. Pero cuando no lo hacía así (¡Dios mío, ni un momento de sosiego